

**Enunciación y cuerpo sensible.  
Poética de la palabra en Miguel de Montaigne**

*Denis Bertrand*

Universidad de París III

*Traducción de Georgina Gamboa*

¿En qué condiciones se puede relacionar la enunciación con la dimensión sensible del cuerpo enunciante? Responder a esta pregunta supone tomar en cuenta dimensiones generalmente oscurecidas por el análisis lingüístico, que conciernen tanto a la parte del afecto como a la sustancia de la expresión, como a la parte del uso y de la historia, así como a la percepción y a la oralización. La introducción del conjunto de estos parámetros en el análisis enunciativo parece legítima puesto que se busca aprehender, tan cerca como sea posible, desde su ocurrencia, el discurso y la significación en acto. Ésta conlleva, es cierto, un riesgo teórico evidente, referente a la coherencia formal y la eficacia heurística de un enfoque tan globalizante. Pero el tema que proponen los organizadores de este número —“los presupuestos sensibles de la enunciación”— invita a intentar dar algunos pasos en esta dirección. Un trabajo reciente sobre un *Ensayo* de Montaigne, el último del último libro, “De la experiencia”<sup>1</sup> nos

<sup>1</sup> De Montaigne, M. “De l’expérience”, *Essais, Livre III, chapitre 13. Lecture accompagnée par Denis Bertrand*, Paris: Gallimard, collection “La bibliothèque”, 2002. [En español: “De la experiencia”, *Ensayos seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*, capítulo XIII, Trad. Constantino Román y Salame-ro, Col. Biblioteca Filosófica, Aguilar, Buenos Aires, 1962, 2 vols.]

sostendrá esta investigación: aquí encontramos precisamente planteado un problema referente a la intervención del discurso en el cuerpo que sufre. De una manera más amplia, se buscará comprender cómo la escritura de Montaigne, desde el punto de vista de la enunciación, contribuye a extender el estudio con respecto a los datos recibidos, y posiblemente a delimitar la postura de esta relación entre el cuerpo sensible y el acto enunciativo.

Primero elaboraremos el marco teórico de nuestro estudio, desarrollando la hipótesis de un análisis tensivo de la enunciación. Éste nos permitirá esclarecer un doble fenómeno enunciativo observable en Montaigne, por un lado, liberando a la persona, y comprometiendo, por el otro, el cuerpo sensible. Se podrá, entonces, enfocar la congruencia de estos fenómenos en una concepción integrada de la enunciación que articula, desde el modo tensivo, una dimensión somática y perceptiva con una dimensión inteligible y racional.

### 1. La hipótesis de un enfoque tensivo de la enunciación

Nuestro problema de salida es el ya clásico de la enunciación en semiótica, relacionado con dos operaciones (el desembrague y el embrague) que se despliegan en tres dimensiones: la dimensión personal (por referencia al ego y al estatuto del sujeto, integrando su parte corporal y sensible), la dimensión interpersonal (por referencia a la relación entre ser persuasivo y ser interpretativo que implica la alteridad), y la dimensión impersonal o transpersonal (por referencia al concepto hjermsleviano de uso concebido como producto de la praxis enunciativa).

Esta tripartición del campo enunciativo en la actividad discursiva parece cómoda debido al eclecticismo que muestra, puesto que reúne los paradigmas teóricos que, por vías diferentes, han contribuido a un acercamiento con la palabra viva: el de la lingüística de la enunciación centrado en las operaciones de puesta en práctica del discurso a partir de Benveniste y que

continúa J.C. Coquet al introducir el anclaje corporal;<sup>2</sup> el de la pragmática y la retórica, de manera más apartada, centrado en las realizaciones resultantes de la praxis enunciativa, que se aferra al sentido fijado en esquemas semio-narrativos y discursivos (de órdenes lexicales, fraseológicos o textuales), controlado por codificaciones genéricas, depositado en la memoria lingüística y cultural, e indefinidamente convocable o revocable en la práctica individual del discurso. Recordamos esta anotación de Greimas:

la parole, idéalement libre [...] se fige et se gèle à l'usage, donnant naissance, par des redondances et des amalgames succesifs, à des configurations discursives et à de stéréotypies lexicales qui peuvent être interprétées comme autant de formes de «socialisation du langage».<sup>3</sup>

Ahora bien, más allá de este eclecticismo, parece que esta tripartición en dimensiones personal, interpersonal y transpersonal de la enunciación puede ser profundizada y validada por razones más fuertes, a partir de las hipótesis desarrolladas recientemente en el marco de la retórica tensiva.<sup>4</sup> Podemos resumirlas a grandes rasgos diciendo que el problema planteado ini-

<sup>2</sup> Coquet, J.C. *La Quête du sens*, Paris: PUF, coll. "Formes sémiotiques", 1997, donde se lee: "[Le corps] précède et [...] est aussi nécessairement le support matériel de la signification" (p. 8): "[El cuerpo] precede y [...] es también necesariamente el soporte material de la significación"; "Le «réel» nous est présent dès la prédication et par elle, de même qu'il nous est présent au moment de la perception et par elle. [...] Par la perception mais aussi par la prédication, nous nous conjoignons au monde." (p. 61): "Lo «real» se nos presenta desde la predicación y por medio de ella, al igual que se nos presenta en el momento de la percepción y a través de ella. [...] Por medio de la percepción, pero también por la predicación, nos unimos con el mundo."

<sup>3</sup> Greimas, A.J. *Sémiotique et sciences sociales*, Paris: Seuil, 1976, p. 51-52: "la palabra, idealmente libre [...] se petrifica y se congela con el uso, dando nacimiento, por medio de redundancias y de amalgamas sucesivas, a configuraciones discursivas y a estereotipos lexicales que pueden ser interpretados como otras tantas formas de «socialización del lenguaje»."

<sup>4</sup> Cf. Bordron, J.F., Fontanille, J., eds., "Sémiotique du discours et tension rhétoriques", *Langages*, 137, Paris: Larousse, marzo, 2000.

cialmente es el de la distancia entre dos niveles, o regímenes, de significación que coinciden en el interior de un mismo enunciado (por ejemplo, el sentido propio y el sentido figurado en los tropos). Más que abordar el problema en términos de “correferencialidad” y de sustitución, la semiótica tensiva propone aprehenderlo en términos inmanentes al sistema semiótico, de intersección de categorías semánticas que el discurso “pone en tensión” de manera variable, competitiva o incluso conflictiva.<sup>5</sup> Por lo tanto, el proceso es analizado según tres criterios de aprehensión:

1. Los criterios que definen las condiciones de coexistencia de las categorías o redes de categorías puestas en coincidencia (compatibilidad o incompatibilidad, jerarquización, extensión o intensidad).

2. Los criterios que definen los modos de presencia relativos a estas magnitudes simultáneamente significantes: de la presencia a la ausencia según la gradación de los modos de existencia, es decir, los recorridos de lo virtualizado a lo actualizado; de lo actualizado a lo realizado, e inversamente; agregando, según la propuesta de J. Fontanille, el modo potencializado que media el paso de lo real a lo virtual (una vez que las magnitudes son puestas en espera, implícitas o implicadas, listas para la manifestación).

3. En un tercer nivel, el criterio de asunción enunciativa por medio del cual la instancia de discurso toma posición en el modo de presencia relativo a las magnitudes implicadas, y las asume según grados de intensidad fuerte o débil. Podemos pensar, por ejemplo, en la variación de los grados de asunción en el paso de la comparación (donde es débil) a la metáfora (donde es fuerte); pensemos también en el proceso interpretativo de la ironía donde el análisis muestra que, mucho más allá de la simple inver-

sión axiológica de los contenidos, el discurso irónico descansa en la tensión entre una significación manifestada en donde el modo de presencia se realiza, pero donde el grado de asunción es débil, y una significación inducida, cuyo modo de presencia virtual impone inversamente una asunción enunciativa fuerte.

Tal enfoque rebasa el único fenómeno de los tropos e interesa mucho más ampliamente el funcionamiento retórico del discurso, como intenté mostrar acerca del razonamiento retórico, el entimema, poniendo el acento en las condiciones de la “partición tímica” (la entimía), donde la parte faltante (virtual o potencial) del razonamiento es correlativamente convocada a una fuerte asunción, efectiva o supuesta (la asunción de esta parte faltante por el co-enunciador está en la fuente del “placer de la entimía”, según la expresión de R. Barthes). Todavía más, la hipótesis tensiva permite dar cuenta de la articulación entre los tres parámetros del discurso en acto, evocados anteriormente, que están co-presentes inevitablemente en toda realización: por un lado, el sujeto enunciador con su definición modal; por el otro, el simulacro del destinatario co-enunciador; y finalmente, la convocación o la revocación de los productos de la praxis enunciativa, simultáneamente lingüística y cultural, que definen la dimensión impersonal (o transpersonal) del discurso. Al mismo tiempo, se esclarece el principio de su funcionamiento.

Por ejemplo, en el caso del discurso “estereotipado”, el tercer parámetro (la magnitud transpersonal) se realiza; el segundo (interpersonal) se actualiza; mientras que el primero se virtualiza (por fusión de la instancia subjetiva singular en una instancia colectiva difusa). Si la asunción fuerte se aplica sobre el tercer parámetro, hay consentimiento en la convocación del uso (reconocimiento de la sabiduría de los pueblos en el enunciado de proverbios, por ejemplo); si se vincula con el primer parámetro, conlleva una desvalorización del discurso; la ironización de la estereotipia conducirá, por un grado de asunción fuerte que se apoya en la presencia virtualizada de la magnitud personal, a su potencialización. En el caso del discurso “paradójico”, el

<sup>5</sup> Esta propuesta continúa la tesis de Michel Prandi sobre los conflictos conceptuales (*Grammaire philosophique des tropes*, Paris: Minuit, 1992), y la de P. Ricoeur sobre la metáfora (*La métaphore vive*, Paris: Seuil, 1975 [En español: *La metáfora viva*, Trad. Agustín Niera, Ed. Europa, Madrid, 1980]).

resultado se invierte: el primer parámetro es del orden de lo realizado (en calidad de “la originalidad”, por ejemplo); el segundo se potencializa (por adhesión o rechazo, según la convocación selectiva del destinatario); el tercero se virtualiza (por revocación del uso). De la misma manera, las variables de asunción enunciativa se movilizan gradualmente: asunción fuerte que se sostiene en el primer parámetro y que conduce al reconocimiento verídico (*veridictoire*) (adhesión o aceptación), o a la inversa apoyándose en el tercer parámetro por revocación de la revocación (refutación y rechazo). El discurso paradójico impone así la presencia de la magnitud personal, potencializa la magnitud interpersonal y virtualiza la magnitud impersonal.

Este enfoque de la enunciación tiende a mostrar cómo ésta constituye, en las modalidades de su aparición, un espacio significativo complejo, donde se ponen en tensión elementos cuya propia congruencia es un desafío y que, desde un punto de vista analítico, podemos intentar esclarecer. Asociando estrechamente la incorporación personal y sensible con las obligaciones y torpezas del uso, la enunciación abre perspectivas prometedoras más allá de una concepción egológica o dialógica de la enunciación. Quisiera justificar la pertinencia de esta concepción a través de algunas reflexiones sobre el estatuto particular de la enunciación en Montaigne.

Este estatuto puede ser aprehendido a partir de un doble fenómeno enunciativo: se sitúa entre dos polos oponibles como los términos de una categoría, la indistinción del sujeto, por una parte, y su distinción en la encarnación sensible, por otra. ¿Qué correlaciones se establecen entre la dimensión transpersonal de la enunciación (*la indistinción enunciativa*) y la palabra que actúa en el cuerpo sensible (*la encarnación enunciativa*)?

## 2. La indistinción enunciativa

El lazo entre la palabra propia y la palabra ajena, la asunción del uso y la fusión de las enunciaciões marcan un estado que

se puede decir trans-egológico de la palabra. A la omnipresencia del “yo”, a la vez sujeto y objeto del discurso, responde la omnipresencia del discurso ajeno, atestiguado, entre otras cosas, por la abundancia de citas (más de 1300 en el conjunto de los *Ensayos*). Además, porque más allá de las citas explícitas, hay muchas otras formas, más directas, alusivas y a veces imperceptibles de la palabra ajena en el seno mismo de su propia palabra: son citas traducidas, a veces remitidas a su autor, a veces entramadas en el texto sin la menor referencia.<sup>6</sup> Existen innumerables anécdotas que hormiguean, así como otros tantos ejemplos de apoyo de los argumentos, a todo lo largo de los *Ensayos*, adoptados frecuentemente de autores antiguos que Montaigne transcribe, resume o adecua, aunque también tomados de un autor contemporáneo que se contenta con copiar sin indicar su fuente.<sup>7</sup>

Podemos interrogarnos sobre la significación de esta presencia masiva de discursos almacenados, difundidos en los produc-

<sup>6</sup> Es el caso, por ejemplo, de dos frases, al principio del capítulo 13, que terminan un desarrollo sobre la disimilitud universal y que se tomaría de buen grado como los más perfectos ejemplos de aforismos tan propios en la escritura de Montaigne: “La semejanza es siempre menos perfecta que la diferencia. Diríase que la naturaleza se impuso al crear el no repetir en sus obras, haciéndolas siempre distintas.” La primera es de Plutarco, extraída de *De la envidia y del odio*; la segunda es la traducción de una frase de Séneca, tomada de una de las *Cartas a Lucilius*, de las cuales Montaigne modifica la significación adaptándola a su propósito.

<sup>7</sup> Un ejemplo, hablando de Fernando, rey de España, ilustra el peligro que representan los juristas. Montaigne escribe: “El rey Fernando, al enviar colonos a las Indias, ordenó sagazmente que entre ellos no se encontrara ningún escolar de jurisprudencia, temiendo que los procesos infestaran el nuevo mundo, como cosa por su naturaleza generadora de altercados y divisiones, y juzgando con Platón «que es para un país provisión detestable la de jurisperitos y médicos».” Bodin cuenta la misma historia, en su *République* (1546) y Guillaume Bouchet, en *Les Serées*, publicado en 1584, en cuanto a él escribe: “Fernando, Rey de España, al enviar a Perdrarias a gobernar las Islas occidentales nuevamente descubiertas, le prohibió llevar ni jurisperito, ni abogado, con el fin de no aportar la semilla del proceso donde no lo había: siendo la Jurisprudencia ciencia por naturaleza generadora de altercado y división; juzgando con Platón que es una mala provisión de los países tanto juristas como médicos.”

tos de uso y, con esta calidad, incorporados al texto; y sobre la distancia que se forma entre la imagen de una palabra, individual por excelencia (“yo soy yo mismo la materia de mi libro”), y la imagen de una escritura polifónica, saturada de préstamos. Según los criterios “egológicos” que exaltan la autenticidad de un escrito contra el abuso de las citas, responder a esta pregunta sería dar cuenta, por supuesto, de un anacronismo puro y, en el fondo, no haría más que reflejar la imagen de un sujeto de la palabra libre de todo vínculo, ignorante del murmullo de las palabras que, a su alrededor, le hacen posible la suya propia.

Una incursión por la historia de la escritura en la época de la imprenta, mientras que sus codificaciones aún no se han establecido, permitiría comprender mejor el sentido de la pluralidad de los discursos en el propio de Montaigne. Pues la cuestión de la presentación material del texto está ligada simultáneamente a la imprenta y al problema de la responsabilidad de la palabra. En la tradición medieval, el discurso ajeno, que encarna por definición *l'auctoritas*, no necesita ser aislado de la palabra del autor quien frecuentemente es la glosa y quien se fusiona de entrada con él. Pierre de la Ramée (Ramus), en la publicación de su *Dialéctica* en 1555, es el primero en distinguir en su texto, por medio de la tipografía, la presencia de otro discurso además del suyo, utilizando la itálica para señalar los versos, y las comas al revés (antecesoras de las comillas) para indicar las citas en prosa y otro tanto de signos concretos que no serán instituidos definitivamente sino hasta el siglo XVII. Separando su texto del ajeno, Ramus modifica simultáneamente el estatuto de su propia palabra y la de quien cita. He aquí que de ser argumento de autoridad se convierte en ejemplo e ilustración razonada.

En Montaigne, donde las comillas no existen, la palabra es tanto singular como indistinta. Se forma en el lenguaje a través del concierto de las palabras que se intercambian, se distribuyen, se desplazan y se transforman a través del tiempo, se revivifican en los nuevos contextos que se hacen suyos apropiándose los. Las dimensiones personal y transpersonal de la enunciación se asu-

men con una fuerza igual, una y otra entrelazadas en la misma trama del discurso. La variedad misma de las funciones de la cita atestigua esta polifonía esencial, con lo que éstas suponen de fidelidad, de libertad, de desplazamientos, de invención y de desenvoltura. Un estudio un tanto sistemático mostraría que la cita responde a una gama funcional muy rica, mucho más allá de las relaciones clásicas de dominación, en un sentido o en otro, entre discurso citado y discurso enmarcado.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Se puede pensar en los análisis de H. Quéré sobre este asunto, en *Intermittences du sens*, Paris: PUF, 1992. Anotemos, como ejemplo y sin pretender la exhaustividad, algunas de estas funciones de la cita en los *Ensayos*:

- Incidentalmente insertado en el flujo del discurso que la cita no interrumpe, puede fusionar los periodos históricos y marcar la permanencia de un estado de cosas más allá de las épocas: “En Francia tenemos más leyes que todo el resto del mundo en conjunto; y como ya no es necesario arreglar todos los mundos de Epicuro, «ut olim flagitiis, sic nunc legibus laboramus» («de suerte que antaño sufríamos de escándalos, ahora, de leyes»); frase de Tácito que data del siglo I d.C., adaptada al contexto de Francia del siglo XVI y, quizá ya no, al de hoy.

- La cita puede darse como un apoyo, función clásica de autoridad, ofreciendo a una proposición el peso acrecentado de otra palabra, más soberana todavía si está en lengua extranjera. Defendiendo la idea contraria a los valores admitidos que el cuerpo merece tanta atención como el espíritu, que “no hay pieza indigna de nuestro cuidado en este presente (la vida) que Dios nos haya hecho” y que “nosotros debemos cuentas hasta de un pelo”, Montaigne recurre a la autoridad de Séneca: “La autoridad puede sola invertir los entendimientos comunes, y pesa más en lengua peregrina (en lengua extranjera). Recarguemos, pues, en este lugar”. Esta nueva carga se expresa por medio de una larga cita: “Quien negaría que lo propio de la tontería es [...] empujar el cuerpo en una dirección y el alma en otra [...]”. El texto latino permanece anónimo, lo que tiene por efecto mantener los juicios de Séneca y de Montaigne en igualdad: “emprendo yo mismo cada vez igualarme a mis plagios, de ir a la par con ellos” (I, 27).

- La cita puede todavía servir de contrapunto irónico para sostener una proposición paradójica: “Yo me estudio más que otro tema. Es mi metafísica, es mi física. [...]«Quoerite quos agitat mundi labor» («Busquen, ustedes que los atormentan las búsquedas sobre el universo», Lucain).

- La cita también puede enmascarar, revelándola, una palabra licenciosa. Por ello, hay evocaciones sexuales donde las citas develan el propósito y la erotizan aportando el complemento figurativo a una confidencia que permanece alusiva: “Y joven me presté tan licenciosamente e inconsideradamente al deseo que me tenía preso (cit. 2, de Horacio), sin embargo, más en continuación y en duración que en arrebató (cit. 3, de los *Amores* de Ovidio).”

La palabra singular está, pues, antes que nada, inscrita en los productos de la historia. Citando, recitando o reformulando, Montaigne no copia, habla con ella. La palabra de los otros se inserta y se trama en la suya y las dos se entremezclan, indistinguibles.<sup>9</sup> Así, pues, el lenguaje, este inevitable “intérprete de nuestra alma”, está, en la realidad más profunda, fundado en la partición por medio de la asunción del uso. La individualidad del sujeto, cuyo nacimiento de cierta manera firma Montaigne en nuestra cultura a través del género del ensayo, se enriquece con todo el espesor de las palabras de las que ella se nutre y que le dan forma. Igual que el “bricolaje” cuya importancia en el proceso de creación mostró Lévi-Strauss, la escritura de Montaigne convoca, reúne e incorpora formas ya constituidas, instaladas en la praxis enunciativa. Y si el parámetro transpersonal, ligado al uso, se presenta en el modo de lo realizado, el parámetro personal del sujeto se encuentra, de entrada, a través de él, potencializado.

### 3. La palabra en la carne: la dimensión sensible de la enunciación

Ahora bien, como lo escribió J.M. Floch, “le bricolage suppose [...] une attention au monde sensible, mais à un monde sensible déjà façonné par l’histoire et la culture”.<sup>10</sup> De hecho, es esta dimensión sensible la que va encontrarse en el corazón de un

<sup>9</sup> Por lo demás, es lo que recomienda en “De la educación de los hijos”. Si el discípulo “abraza, después de reflexionarlas, las ideas de Jenofonte y las de Platón, estas ideas no serán ya las de esos filósofos, serán las suyas [...]; puede olvidar si quiere cuál fue la fuente de su enseñanza, pero a condición de sabérsela apropiarse” (I, 26). Un añadido preciso, dos líneas más lejos; “Tanto monta decir según el parecer de Platón que según el mío, pues los dos vemos y entendemos del mismo modo”. Las dos palabras cohabitan y modulan sus presencias respectivas.

<sup>10</sup> Floch, J.M. *Identités visuelles*, París: PUF, coll. “Formes sémiotiques”, 1995, p. 7: “el «bricolaje» supone [...] una atención al mundo sensible, pero a un mundo sensible ya formado por la historia y la cultura”.

segundo fenómeno enunciativo, que intensifica, al contrario, la encarnación de la palabra e instala su emergencia en el cuerpo. El tratamiento argumentativo de los cálculos renales (enfermedad de piedras renales) que Montaigne sufría, es su ilustración contundente. Aquí, como lo vamos a ver, el primer parámetro de la enunciación se presenta según un modo de existencia realizado y fuertemente asumido, mientras que la dimensión impersonal del uso se encuentra, desde ahora, virtualizada. He aquí el pasaje, extraído del capítulo 13 del libro III:

Trato yo a mi fantasía con la mayor dulzura que me es dable, y la descargaría, si pudiera, de toda pena y alteración; precisa socorrerla y acariciarla, y engañarla cuando se pueda: mi espíritu es apto para este oficio, y no le faltan recursos en nada; si cual predica persuadiera dichosamente, dichosamente me socorrería. ¿Os place ver un ejemplo? Dice así: “Que por mi bien padezco el mal de piedra; que las construcciones de mi edad es natural que tengan alguna gotera, tiempo es ya de que principien a resquebrajarse y a venirse abajo: cosa es ésta perteneciente a la común necesidad, y no había de realizarse para mí un nuevo milagro. Con ello pago las costas por la vejez ocasionadas, y no podría obtener economía mayor; que la compañía debe consolarme, habiendo caído en el accidente más ordinario a los hombres de mis años. Por todas partes veo afligidos del mismo mal, y es honrosa para mí su sociedad, puesto que ordinariamente se pega a los grandes; su esencia es noble y digna. Que entre los hombres que son víctimas de esta dolencia pocos hay libres de molestias menores; cargan ellos con las fatigas de someterse a un desagradable régimen, y con la toma desastrosa y cotidiana de abundantes drogas medicinales, mientras que yo debo el mío puramente a mi buena estrella, pues con algunos conocimientos de cardo corredor y hierba de turco, que dos o tres veces bebí en obsequio de las damas (quienes más graciosamente que mi mal no es agrio, me ofrecieron la mitad del suyo), me parecieron igualmente fáciles de tomar que de eficacia inútil: tienen que hacer efectivas mil promesas a Esculapio y otros tantos escudos a su médico por

el deslizarse de la arena que yo con frecuencia logro por puro beneficio de naturaleza: la decencia misma de mi continente, cuando estoy en sociedad, ni siquiera es alterada, y retengo mis aguas diez horas y por tan largo tiempo como un hombre sano. El temor de este mal, dice mi espíritu, te horrorizaba antaño, cuando lo desconocías; los gritos y el desesperarse de quienes lo agrían con su impaciencia, engendraban en ti el espanto. Al fin, es un mal que te sacude por donde más pecaste. Tú eres hombre de conciencia.

Quae venit indigne paena, dolenda venit\*:

considera este castigo, y verás que comparado con otros es dulcísimo y paternalmente favorable. Considera cuánto es tardío; no ocupa ni trastorna sino la época de tu vida que de todas suertes es ya en lo sucesivo acabada y estéril, habiendo dejado lugar, como por compensación, para la licencia y los placeres de tu juventud. El temor y la compasión que al pueblo inspira este mal, son para ti motivo de gloria; cosa de que si tu juicio está purgado y tu razón curada, tus amigos, sin embargo, encuentran algún tinte en tu complexión. Experimentase placer oyendo decir de sí mismo. Eso es mantenerse fuerte y resignado. Se te ve sudar la gota gorda, palidecer, enrojecer, temblar, vomitar hasta echar sangre, sufrir contracciones y convulsiones extrañas, derramar a veces gruesas lágrimas, verter orines espesos, negros y espantosos, o tenerlos detenidos por alguna piedra espinosa y erizada que te punza y te desuella cruelmente el cuello de la vejiga; y mientras tanto, hablar con los circunstantes con ordinario continente, bromeando a intervalos con los tuyos, expresándote con rígidos razonamientos, excusando de palabra tu dolor y rebajando tu sufrimiento. ¿Te acuerdas de aquellas gentes de los pasados siglos que buscaban hambrientas los males a fin de mantener su virtud vigorosa ejercitándola constantemente? Pues imagínate el caso de que naturaleza te empujó a esa gloriosa escuela, en la cual tú no hubieras ingre-

sado nunca de tu grado. Si me dices que es un mal peligroso y mortal, considera que ninguno hay que no lo sea, pues es una trampa medicinal el exceptuar algunos de que los médicos dicen que no conducen derecho a la muerte; pero ¿qué importa si a ella llevan por modo casual o si se deslizan y tuercen fácilmente hacia el lado que a ella nos lleva? Mas tú no mueres porque estás enfermo, mueres porque eres vivo: la muerte te mata admirablemente sin el socorro de la enfermedad [...]"

### 3.1. Escenografía de la interioridad y prosopopeya

Un fenómeno discursivo que marca la enunciación de Montaigne concierne a lo que se podría llamar la escenografía de la interioridad. Esta otra forma, por así decir, inversa a la que hemos observado anteriormente, procede igualmente de la pluralización de las instancias, pero esta vez por desmultiplicación de las figuras actanciales en el seno de la persona. Es lo que ilustran, por ejemplo, algunos enunciados: “[mi memoria] por más que me juro a esta hora y me aseguro, yo sacudo las orejas;”, “El juicio tiene en mí un sitio magistral [...]; deja mis apetitos llevar su tren [...] hace su juego aparte”, “Les doy gran autoridad a mis deseos”, “Los males tienen su vida y sus límites, sus enfermedades y su salud”, “No hay que oponerse ni obstinadamente a los males ni a la ligera, ni sucumbir a ellos de desidia, sino hay que ceder de una forma natural, según su condición y la nuestra”, etc.

El rasgo común en el conjunto de estos enunciados es, desde luego, la división de la instancia personal en figuras actanciales distintas, donde cada una, sujeto de predicados que le son propios, juega su rol de compañero o de antagonista. La persona global “yo”, dilata su espacio y en él hace proliferar y desplegarse una población de actores que son también facetas temáticas particulares de ella misma que controla dando tumbos: su memoria que le hace sermones dudosos, su juicio que lleva bien que mal su existencia lejos de sus pasiones, sus orejas que tratan

\* El sufrimiento que nos alcanza sin razón es el que al llegar debe dolernos más. Ovidio, *Heroid.*, V,8.

de oír bien lo que les dice este juicio, su deseo que le plantea un discurso de autoridad; finalmente, sus enfermedades que viven una existencia propia comparable en todo a la suya y que hay que dejar vivir. Esta escenografía íntima, que singulariza y personifica cada elemento constitutivo de la vida psíquica en cada simulacro enunciativo, ¿es un rasgo solamente retórico y estilístico? ¿Este fenómeno encuentra más profundamente su anclaje en una modelización del discurso que, por una parte, permite intervenir de manera más efectiva en la realidad, aquí somática, y, por otra parte, da cuenta del reto de la relación entre la enunciación y el cuerpo sensible?

La desconfianza de Montaigne por la retórica es bien conocida.<sup>11</sup> Pero se sabe que explota numerosos instrumentos persuasivos de la retórica (relaciones entre argumentos y *exempla*, apologías, metáforas, prosodia, etc.). El procedimiento que acabamos de indicar forma parte de ella; puede estar próximo a la *prosopopeya*. Esta figura, que consiste en hacer hablar y actuar a un ser animado, un animal, un ausente, un muerto, seres inanimados o abstracciones, establecida en la proximidad del “sentir”. Dumarsais cita un ejemplo de *prosopopeya* propio del “estilo sublime” de la oración fúnebre, actualmente diríamos en su registro pomposo: “Esta tumba se abriría, estas osamentas se volverían a juntar para decirme: ¿Por qué vienes a mentir por mí, yo que nunca le mentí a nadie?”. Ya sea que se trate de las confidencias de un sofá (en una novela libertina), del testimonio de la “pipa de un autor” (en Baudelaire, “La pipa”), o de la memoria desfalleciente que “por más que me jure” (en los *Ensayos*), es el mismo mecanismo de la *prosopopeya* que está trabajando.

Ahora bien, en Montaigne, la descomposición del sí mismo en instancias de discurso diversificadas tiene un función muy precisa. De igual forma que la palabra exteriorizada del “yo”

<sup>11</sup> El retórico es un zapatero que sabe hacer grandes zapatos para un pie pequeño, (I, 51). Alegoría, metáfora, metonimia... son fustigadas como otros tantos nombres de la gramática, que alcanzan el parloteo de vuestra recamarera, (I, 51).

se pluraliza en la multiplicación de las palabras ajenas que cita, la palabra interiorizada es el asiento de un diálogo de múltiples voces que pone en escena los conflictos internos del “yo”. Y si no es posible, yo cito, “[...] ver dos opiniones exactamente iguales, no solamente en distintos hombres, sino en uno mismo a distintas horas.” (III, 13), tampoco es posible encontrarlas en el mismo hombre en el mismo instante. La vida interior es, ella misma, espacio dialógico y tensión de palabras co-ocurrentes y coincidentes emitidas por la memoria, las percepciones sensoriales, el juicio, los dolores físicos, los deseos y los miedos, la imaginación y las pasiones, cada una de las cuales toma el sentido en su sentido y tratan de imponer sus valencias contradictorias.

### 3.2. Las instancias rivales

Siguiendo una estructura argumentativa clásica, Montaigne enuncia primero un principio general (“Trato yo a mi fantasía con la mayor dulzura que me es dable”) que será seguido de un ejemplo (“¿Os place ver un ejemplo?”), el de las piedras. El tratamiento propuesto se introduce siguiendo la escenografía de la interioridad por medio de la *prosopopeya*. El “yo” cede el lugar a dos actores, la “fantasía” y el “espíritu”, dos fuerzas en conflicto que ocupan la escena. La fantasía es un sujeto potencial listo para desarrollar sus escenarios pasionales de inquietud y ansiedad (convocados por las pocas líneas que preceden el fragmento) en el registro patémico que es el suyo propio. Pero el espíritu, con sus argumentos racionales, figura del sujeto actualizado del juicio, la virtualiza impidiéndole desahogarse. Desarrolla su discurso en un registro didáctico: su terapéutica es una propedéutica. Esta escenificación va a regir varias páginas donde se dará cuenta sin descanso de los numerosos argumentos del espíritu. La fantasía no tendrá nada que decir. Antoine Compagnon, en *Chat en poche. Montaigne et l'allegorie*, habla de “*prosopopée de l'esprit consolant l'imagination efrayée para la*



maladie” (1993, p. 12) [“prosopopeya del espíritu consolando la fantasía horrorizada por la enfermedad”]. ¿Se trata de consuelo? No, se refiere a un tratamiento, y éste es el reto del dispositivo que concierne a la dimensión corporal y sensible de la enunciación.

La organización discursiva del texto distribuye los argumentos, a través del juego de estas marcas actanciales, en tres grandes secuencias que van dilatándose. La primera está en el discurso indirecto: “[mi espíritu] Dice así: [...]” y sus proposiciones son breves y en un número limitado. La segunda secuencia está en el discurso directo de la interpelación: “El temor de este mal, dice mi espíritu, te horrorizaba antaño”, las proposiciones, esta vez, son más numerosas y, sobre todo, más entrecruzadas. Y en una tercera secuencia, mucho más larga (cuatro páginas después del fragmento citado), “el espíritu” se fusiona con el “yo” que vuelve a tomar a su cargo el discurso en el modo monológico; cada argumento es, entonces, desarrollado en secuencias de mini-relatos y de comentarios. Al término de este alegato del espíritu en favor de las piedras, el epílogo sintetiza el recorrido realizado, recuerda el objetivo inicial del discurso y vuelve a poner en escena a su destinatario: “Con tales argumentos, resistentes unos y endebles otros, [...] yo con ellos procuro adormecer y divertir mi imaginación, y suavizar mis llagas”. ¿El tempo de tal organización es, por supuesto, significativo: primero acelerado, como si se tratara de precaverse de una emergencia, enseguida desacelera antes de volverse francamente lento, como un tratamiento que ya hubiera hecho su labor.

Podemos intentar enumerar los argumentos y encontrar, poco a poco, una veintena de ellos, pero inmediatamente percibimos que más allá del orden aparente de la sucesión, la red argumentativa se presenta de manera compleja y embrollada. Ciertamente, está sostenida por algunos raros desembragues legibles directamente, del tipo: “Además, la condición de esta enfermedad [...]”, “Lo peor que yo veo en las demás enfermedades [...]”, “He aquí otro singular favor de mi dolencia [...]”, “Advierto aún esta

particular comodidad [...]”. Pero estas marcas hacen alusión a ello, y toda tentativa de descubrir un orden lógico, narrativo o argumentativo en esta abundancia, de antemano, parece sentenciada: tan pronto aparecen verdaderas series, frecuentemente se entrelazan las razones, como a veces tal o cual razón da lugar a una reflexión general, o a veces ciertos argumentos regresan en espiral. Incluso el párrafo que marca, por anáfora sintética, el término de este discurso (“Con tales argumentos, resistentes unos y endebles otros, [...] yo con ellos procuro adormecer y divertir mi imaginación, y suavizar mis llagas”), se encuentra seguido por un nuevo desarrollo de la experiencia benéfica de las piedras. Es el relato de una cabalgata formidable con “una gran piedra” en “los riñones”, prueba terminante, es cierto, de la competencia previamente adquirida. Por lo que, más que interrogar el modo de encadenamiento de los argumentos y de buscar un orden en la lista, es preferible progresar en la enunciación para descubrir la razón de esta complejidad.

### 3.3. La enfermedad, meta-enunciador sensible

Puede ser que esta razón resida en aquello que la experiencia sensorial de la enfermedad es una ventana abierta a la experiencia global de la vida, “te muestra el estado de tu condición cabal”. Es de un solo golpe el motor de la mediación. Entonces, no es sorprendente que nos encontremos, suscitado por las piedras, el conjunto de configuraciones que recorren el ensayo y el conjunto de los *Ensayos*, de los cuales este alegato constituye, en cierta forma, la condensación: consentimiento de la naturaleza, desprecio de la medicina, placeres del cuerpo y de la vida social, educación en el estoicismo al modo de los antiguos, meditación sobre la vejez e iniciación a la muerte. Tantos motivos que emergen del cuerpo sufriente y que establecen el vínculo tensivo entre el tercer parámetro evocado al inicio, el transpersonal del uso, cuyo modo de presencia, de virtual que era, se vuelve actualizado, y el primero, el del sujeto sensible, a la vez

carne y discurso, cuyo modo de presencia, de real que era, se vuelve potencializado. Entre los dos, lo que se juega es un conflicto de asunción enunciativa.

Así, los argumentos se dilatan interpenetrándose. Al mirar de cerca el texto, observamos que después de un primer argumento cuyo carácter genérico vale por todo lo demás (“Dice así: «Que por mi bien padezco el mal de piedra»”), la primera serie presenta tres razones: la de la ley natural, primero (“la común necesidad” de la edad); luego, la de la sociabilidad (la compañía honorable de las víctimas de esta enfermedad); finalmente, la de la medicina (que se contrapone en vano a la naturaleza). Tres razones que más tarde serán retomadas y enriquecidas por múltiples variaciones. La naturaleza: la “época de tu vida” de aquí en adelante es estéril, pues “no tienes para qué buscar el medio de curarte”. La vida social: la dignidad en el sufrimiento es un título de gloria en medio de tus huéspedes. La medicina: da la ilusión de ser la *engaña-muerte*, mientras que es, sobre todo, *engaña-vida*. Y lejos de ser simples reestrenos, estas razones que regresan son la posibilidad de nuevas oberturas: en la dimensión pasional (el miedo al sufrimiento) y en la moralización (eres castigado por donde has pecado), en el desprecio de la adulación (de la que has purgado el juicio), en la filosofía de la muerte (“no mueres porque estás enfermo, mueres porque estás vivo”).

Además, cada vez percibimos nuevos prolongamientos y sutiles simetrías. Así, después de la breve secuencia sobre el castigo, sanción negativa tratada con humor (“es un mal que te sacude por donde más pecaste” recuerda las alusiones, de más arriba, a los placeres sexuales) interviene inmediatamente la secuencia sobre el reconocimiento de los demás, sanción positiva. Y el relato del dolor en público opone, entonces, la escena interior (la acción de la “piedra espinosa y erizada” en el interior del cuerpo) a la escena exterior que es, ella misma, doble: las marcas visibles del sufrimiento en el cuerpo (sudar, palidecer, enrojecer), y el “dominio” frente a los otros. El “bello gesto”, del cual encontramos aquí la estructura, se define por la coexis-

tencia forzada del *desgarramiento sensible* de sí mismo, por un lado, y del *sostén ético* de sí mismo, por el otro.

### 3.4. Enunciación y categorización

Pero los argumentos más decisivos —especialmente en la tercera fase del alegato—, son los que conciernen a las categorizaciones que genera la enfermedad misma, fuente de un meta-discurso. La presentación de estas propiedades obedece a un principio analítico constante: el examen comparativo. Un vasto conjunto de categorías, oponiendo dos términos uno frente al otro, se desarrolla en una sintaxis figurativa. El término negativo reúne todas las enfermedades; mientras que el término positivo invariablemente está para sostener el único beneficio de las piedras.

La categoría maestra es la que opone lo *discontinuo* frente a lo *continuo*. La gran ventaja de la enfermedad de las piedras, sobre todas las demás, es su discontinuidad. Se manifiesta por crisis y entre las crisis no existe. Es decir que comparte equitativamente el tiempo con la salud, que al sufrimiento suceda la indolencia y que ésta engendre una voluptuosidad mucho más intensa que el dolor era cruel: bi-valencia inversa que se alarga en una meditación sobre la solidaridad del placer y del dolor.

El desarrollo de esta categoría, en el plano aspectual, opone lo *puntual* frente a lo *durativo*. La mayoría de las otras enfermedades se inscriben en la duración, que modulen esperas, amenazas, inquietudes, precauciones: “Un año entero transcurre para recobrase, siempre lleno de debilidad y temor.” Las piedras, por su parte, son puntuales, sus límites temporales son netos y no dejan huellas ni en la superficie, ni en garantía. Y como son iterativas, dan cuenta del uso (en el sentido de Montaigne, la costumbre): las variaciones de sus ocurrencias dan lugar a una historia de la cual él es un cronista escrupuloso, y de donde saca los beneficios de la anticipación y de la previsibilidad.

Otro desarrollo de la misma categoría directriz, esta vez en el plano espacial: lo *local* y lo *global*. Las piedras se localizan en el cuerpo, lo que las hace fácilmente identificables, mientras que las demás enfermedades son invasivas y se difunden por todas partes, debilitando al hombre en su totalidad. Las ventajas son numerosas: es legible e inteligible, “los sentidos nos muestran lo que nos duele y dónde nos duele”, nos ahorran las conjeturas inquietas y las oscuridades difusas; “hace su juego aparte” y deja en toda libertad a su huésped; autoriza todos los excesos y todos los placeres; incluso estimula el espíritu que ella misma agudiza.

Finalmente, la última categoría (pero quizá haya otras), es *expulsiva* en tanto que las otras enfermedades son *retentivas*. Pone toda su fuerza en rechazar el cuerpo extraño fuera del cuerpo, y lo hace brutalmente. Esta propiedad hace que sea, a la vez, el mal y la medicina del mal. En esto, manifiesta un humor que se fusiona con el de Montaigne, “rápido y de súbito”. Esta enfermedad comparte, pues, lealmente su identidad con la del narrador, quien la reconoce como sujeto de discurso (*langage*). Se ha convertido en su co-enunciador sensible.

Más allá del estoicismo que este texto ilustra, el tratamiento argumentativo de la enfermedad es un verdadero tratamiento. El discurso del espíritu regresa al cuerpo (que él cura) poniendo en escena la enfermedad como discurso. La prosopopeya, más allá de la técnica retórica, abre una ventana en la inscripción de la enunciación en el cuerpo sensible. Los argumentos del espíritu que Montaigne se incorpora muestran así el éxito pragmático del discurso que viene a “adormecer y a divertir mi fantasía”. Ilustran el poder energético del lenguaje cuando es integrador, como aquí; simultáneamente material y carnal, argumentativo y conceptual. Es un ejercicio de auto-compasión donde la palabra atestigua su capacidad de intervención efectiva sobre la realidad, por medio de un mecanismo próximo de lo que Lévi-Strauss llama la “eficacia simbólica” cuando

estudia el discurso de los hechiceros.<sup>12</sup> Pero esta eficacia toma aquí las voces conjugadas de la experiencia sensible y del juicio racional.

#### 4. Enunciación, cuerpo sensible y poeticidad

Hemos intentado hacer aparecer dos grandes regímenes enunciativos, uno fundado en la inmersión del sujeto en el uso, el otro fundado en la emergencia del sujeto a partir de la experiencia sensorial. Las variaciones de los modos de existencia y de los grados de asunción permiten aprehender, por medio del enfoque tensivo, el juego de los diferentes parámetros implicados en el acto de discurso. Antes de enfocar, más allá del caso estudiado, las condiciones de generalización de nuestra hipótesis, prolonguemos un instante los retos de este análisis en lo que concierne a la escritura de Montaigne.

¿Debemos considerar, en efecto, que hay dos regímenes de enunciación distintos, por un lado el que convoca la praxis enunciativa y se funda en una colectividad participativa de palabras, y, del otro, el de una enunciación singular que liberaría la palabra de la carne, en su “prueba” sensible, convertida desde entonces en algo manipulable y blanco de un discurso persuasivo eficaz? Estos regímenes se interpenetran precisamente en virtud de la variación de sus modos de existencia y de su fuerza de asunción enunciativa. La dimensión sensible y perceptiva no puede estar desunida de las sedimentaciones dispuestas en las configuraciones culturales (el uso) que aseguran, de alguna manera, el control (bajo la forma de categorizaciones, de discretizaciones, de inscripciones axiológicas, etc.); e, inversamente, la dimensión transpersonal de la enunciación, desde la estructuración del discurso hasta los montajes de menciones y de citas, no

<sup>12</sup> Cf. Lévi-Strauss, C. “Magie et religion”, *Anthropologie structurale I*, Chap. IX et X, Paris: Plon, 1958 [En español: “Magia y religión”, *Antropología estructural I*, cap. IX y X, Siglo XXI, México, 1995].

puede estar desunida de la lengua en la boca, sustancia vocal de expresión, y ella misma forma sensible. Es en este nivel, prosódico y rítmico, en el que se realiza la congruencia entre los dos regímenes enunciativos previamente planteados. Se manifiesta por la generalización de una dimensión poética, asociando sustancia de la expresión y forma del contenido, presente en todas las partes de la escritura de los *Essays*, cualquiera que sea el modo de su manifestación, desde las redes asociativas de las asonancias (“si est la gratterie des gratifications de la Nature les plus douces” [“el rascarse es uno de los más dulces placeres naturales]) hasta los de la estructura en espiral de la composición (como en el caso del tratamiento argumentativo de las piedras, la desaceleración del tempo paralelo a la infusión del consuelo).

El reto central de esta poeticidad es el de volver resistente la lengua al vacío de sentido, e incluso de erigirlo como islote de resistencia. En efecto, si se relaciona con el objeto filosófico inicial y central de los *Essays*, a saber, el inaccesible conocimiento de la verdad efectiva (denunciado por Pascal como pirronismo), se observa que, entre lo desconocido de uno mismo y lo desconocido del mundo, la materialidad sensible de la lengua proferida se interpone impidiendo la comprensión. Impide la comprensión en virtud de una doble eficacia persuasiva: la que la instituye como un medio de uso, la fuerza realizante de “aquello a lo que estamos acostumbrados”, donde la dimensión transpersonal de la enunciación sirve de nido de la dimensión personal; y la que establece, entre esta lengua y el cuerpo que la profiere, un vínculo de sustancia (de consustancialidad) donde la dimensión sensible e imperiosa de la carne, que goza y que sufre, se encuentra erigida debido a que se proyectan sobre ella productos del uso, históricos y personales.

Así, el poder de la lengua en acto es el de tejer una trama figurante, ella misma sensible, que impone su presencia y ofrece compartir su apariencia. De tal suerte que si “no tenemos ninguna comunicación con el ser”, para retomar una fórmula fa-

mosa de Montaigne, tenemos una comunicación, al menos al parecer.

### Para concluir

La mediación de la escritura en Montaigne, reconocida como constitutiva de la experiencia sensible incluso en calidad de la experiencia perceptiva en sí misma, nos ofrece la posibilidad de generalizar. A través de sus operaciones de desembrague y de embrague, la enunciación no se desune del cuerpo enunciante como tendería a hacerlo creer la tecnicidad descriptiva de la semiótica. Al contrario, marca su inscripción radical en el cuerpo sensible, por medio del juego de sus variaciones de asunción donde se rigen los modos de existencia relativos que hacen el espesor de la significación en acto, en el horizonte del uso que determina sus formas, de la alteridad que garantiza la incierta partición, de la búsqueda de sí mismo que motiva la incesante predicación. Así se esbozan, a nuestros ojos, las condiciones de una fenomenología enunciativa.